

La otra “voz” de Lampedusa

Sofia Crosta, Andrea Forcada y Anastasia-Areti Gavrili

Lapedusa, Italia. 2011. “Las calles parecen hechas de seres humanos en lugar de hormigón. ¡Y estamos solos! Es una emergencia, como en las guerras. Un chico de 10 años llama a mi puerta. Le doy leche caliente y galletas. Cuando la puerta se cierra tras él, me preocupa a dónde irá. Sufro... pensando que mi ayuda es sólo temporal”.

Éstas son las palabras de Antonella Raffaele, vecina de la afligida isla de Lampedusa. Antonella describe con voz firme la situación que alcanzó la isla italiana en 2011, cuando sólo durante los primeros tres meses de aquel año, más de 18.000 inmigrantes, procedentes del norte de África, desembarcaron en sus costas a raíz de la Primavera Árabe.



Inmigrantes llegando a Lampedusa/ Foto: Flickr

Durante años, la pequeña isla de Lampedusa situada en el mar Mediterráneo y más cerca de África que la propia Italia, ha sido el destino elegido de muchos inmigrantes africanos que huyen de la pobreza, el conflicto o la persecución. Sus aguas cristalinas y playas de postal han proporcionado un discordante telón de fondo para el desembarco de inmigrantes.

Lo que empezó en 2011 como una oleada de inmigración masiva ha convertido los 20 km² de isla –en los que viven apenas 5.000 habitantes y albergan tan sólo una iglesia, un pequeño aeropuerto y un cementerio, pero sin siquiera un hospital-; en una de las principales y más frágiles ‘puertas’ de entrada hacia Europa.

En 2013, 30.100 migrantes llegaron a Italia por mar, entre enero y septiembre, según la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR). La mayoría procedían de Siria, Somalia y Eritrea, desde donde se trasladaron a la ciudad libia de Trípoli para embarcarse hacia Lampedusa. Oleadas que, desde entonces, no han cesado.



Botes destruidos se acumulan en la costa de Lampedusa/ Foto: Flickr

Viajan en barcas de madera, a menudo superpobladas e insuficientemente equipadas con motores y sistemas de navegación deficientes. Viajan, por tanto, en botes propensos a hundirse o volcarse en alta mar. En estas condiciones cientos de inmigrantes han perdido la vida a lo largo de estos años en su esfuerzo por acercarse a la costa italiana.

Pero no fue hasta el pasado octubre –cuando 360 inmigrantes procedentes principalmente de Eritrea y Somalia se ahogaron en un naufragio a media milla de Lampedusa-, que la cuestión sobre inmigración entró de forma dinámica en el debate europeo.

No obstante, durante más de una década, la isla del sur de Italia ha sido testigo de una extrema y rompedora expresión de solidaridad ciudadana. Los vecinos de la localidad se

han hecho cargo de la situación durante este tiempo creando un sistema de 'bienestar social' improvisado para atender al número cada vez mayor de inmigrantes.

Todo empieza en medio del mar... Cuando un barco lleno de personas se aproxima a la costa italiana, los primeros en intervenir suelen ser los pescadores de la zona, respetando una de las leyes no escritas más antigua que cualquier otra ley existente sobre inmigración: la ley del mar. “En el mar, si alguien necesita ayuda, debe ser ayudado”, explica un pescador de la isla. Siguiendo esta regla, los pescadores de Lampedusa, al frente de esta excepcional forma de solidaridad, han ido rescatando a estas pequeñas embarcaciones desde los años 80.

“Los pescadores siempre escuchan la emisora de la guardia costera para saber si hay necesidad de ayudar”, explica Grazia Raffaele, esposa de un pescador. “Al principio, la asistencia primaria la facilitaban las autoridades y la Cruz Roja pero, con los años, se ha extendido una mayor cooperación ciudadana con los organismos oficiales”, añade.

Una vez los inmigrantes llegan a Lampedusa, tienen que pasar por el único centro de inmigración existente en la isla, diseñado para alojar alrededor de 300 personas un máximo de dos días; una cifra que está muy por debajo del número de recién llegados en los últimos años. Aquí pasan un proceso de reconocimiento, registro y control. Después, los trasladan al centro de Lampedusa y allí los dejan: sucios, asustados, nostálgicos, solos y confundidos, lejos de su país. Y es en este momento cuando empieza la verdadera solidaridad de los isleños.

“¿Necesitas un abrigo? ¿Un par de zapatos?”, pregunta Grazia desde su ventana. Grazia Raffaele vive con su marido en la calle que va hacia el centro de inmigración y el ver pasar oleadas de inmigrantes por su puerta se ha convertido en una rutina diaria. “A veces, cuando no tenía la talla adecuada de zapatos, preguntaba a amigos y juntos difundíamos la voz a otras familias y vecinos...”, menciona. Y así fue cómo se creó la cadena de solidaridad entre los vecinos de Lampedusa.



Vestigios de una vida al otro lado del Mediterráneo / Photo: Flickr

Cuando la isla tiene que enfrentarse a grandes emergencias, como ocurrió en 2011 o en octubre de 2013, la solidaridad humana envuelve al pueblo. Con la ayuda de Caritas, la organización que lucha contra la pobreza y la recuperación de la dignidad humana, los locales se organizan en grupos de trabajo, en un esfuerzo por proporcionar todo lo necesario para los recién llegados: desde comida hasta ropa, pero también soporte humano que normalmente acaba convirtiéndose en nuevas amistades.

“Solíamos hacer 600 bocadillos al día, de atún o huevos porque la mayoría son musulmanes y no comen jamón. También calentábamos leche o agua para hacer te caliente”, explica Grazia. “Es hermoso. Nos reunimos para trabajar juntos por una buena causa. Pero más tarde experimentamos otra sensación. Sentimos que somos incapaces de ayudar porque les damos un vaso de leche y pensamos... ¿qué pasará después?”

A día de hoy los ciudadanos de Lampedusa están más organizados, incluso han habilitado una estancia para guardar únicamente objetos para los más pequeños: cochecitos, pañales, biberones... gracias a los habitantes de Lampedusa que tienen bebés y donan este tipo de cosas. “Los bebés tienen prioridad. Los intentamos ayudar primero, después a los jóvenes”, Antonella Raffaele resalta. “Tres meses atrás, me crucé con un chico pequeño que vestía una camiseta sin mangas”, describe. “Creo que tendría alrededor de 13 años y me dio a entender que necesitaba un abrigo. Junto con mi hijo Mateo, también

de 13 años, invitamos al chico a que viniera con nosotros a casa y ver qué le podíamos ofrecer... Aquel chico estaba tan feliz que incluso abrazó a Mateo”.

Contribuyendo desde el comienzo de todas las maneras posibles, Antonella añade que “recientemente, las mujeres han empezado a tejer mantas de lana porque ya no nos queda nada en nuestros armarios. Lo hemos repartido todo”, y exclama: “¡en una escala del uno al diez, ofrecemos cien!”.

Para las organizaciones como la Cruz Roja, esta ayuda humanitaria por parte de los ciudadanos no pasa desapercibida. Tommaso della Longa, portavoz de la Cruz Roja en Italia, después de pasar tres meses en la isla, reconoce que “la población tiene un rol central en dar sentido a la palabra: *solidaridad*. Absolutamente. Es cierto que todo el mundo debe hacer su trabajo, pero también es verdad que la ayuda de los vecinos siempre marca la diferencia, algo de lo que debemos estar orgullosos”.

Según Grazia, cuando una familia les abre las puertas de su casa, los inmigrantes tienen suficiente con darse una ducha, sentarse en el sofá con sus hijos y ver imágenes de la familia en Facebook y normalmente quieren llamar a sus familiares en Siria o allí de donde procedan. “Llaman a la puerta con sigilo pero al rato empiezan a sentirse como en casa. Lo que tenemos es tanto para nosotros como para ellos. Si tengo media botella de champú, es mitad mía, mitad suya. Hubo un momento en que me di cuenta que los miembros de mi familia habían aumentado”.

Cuando uno pregunta a los habitantes de Lampedusa si están cansados de esta angustiada situación, su respuesta es unánime: “no estamos hartos, pero nos sentimos heridos por ellos”.

“Siempre que los ciudadanos se han manifestado por esta difícil situación, nunca ha sido en contra de los inmigrantes, sino en contra del gobierno y por el hecho que sienten que tienen que ocuparse de esto solos. Se sienten abandonados”, confirma el miembro de la Cruz Roja, Tommaso della Longa.

A través de un laberinto de procesos burocráticos, el Gobierno italiano se encarga de abordar el tema de la inmigración, la organización de estrategias y la creación de proyectos plurianuales, cofundado por la Unión Europea. Para el periodo 2007-2013, Italia recibió de la UE alrededor de 103 millones de euros para el proceso de integración de inmigrantes. Una parte de estos fondos se han destinado a Lampedusa a través de proyectos como Praesidium, una iniciativa para mejorar las condiciones de acogida en la isla. El plan lo llevan a cabo varias organizaciones entre las que se encuentran el Gobierno

italiano, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, la Organización Internacional para la Migración, la Cruz Roja en Italia y, desde 2008, Save the Children Italia.

Y es que estos proyectos son el único medio que Lampedusa tiene para hacer frente a los flujos migratorios mixtos y, por tanto, no puede argumentarse que son de suma importancia. Pero como cualquier otra acción política, necesitan tiempo para implementarse a la vez que necesitan tiempo esquivar constantes obstáculos financieros y administrativos.

Sin embargo, antes que cualquier organización consiga actuar; mucho antes que las ayudas económicas lleguen a la isla, la gente de Lampedusa, siempre respetando su antigua “ley del mar”, ya están ahí para ofrecer ayuda inmediata...

En lo que podría caracterizarse como un punto de inflexión en la historia de Europa, surge una pregunta inevitable: si la gente de a pie en Lampedusa pudo –con escasos medios–, demostrar ese respecto sin precedentes por la vida humana y los derechos humanos, entonces ¿por qué la UE fracasa constantemente en reaccionar eficazmente ante el salvamento de vidas? Es probable que las instituciones europeas y los gobiernos nacionales deban aprender la lección de esta paradigmática expresión de solidaridad; mirar más de cerca las fronteras europeas y replantearse su enfoque con respecto a la inmigración.

“Nuestros hijos juegan al fútbol con los suyos en la plaza. Nosotros quedamos en los bares y a veces les ofrecemos un capuchino. No son indiscretos, nunca piden nada. Debes mirarles a los ojos para comprenderlo...”, concluye Antonella mientras cierra la puerta.